

DISCIPULOS DE SAN MARCIANO ⁴

SAN MALCH, SOLITARIO Y CAUTIVO

Eusebio y Agapeto fueron los primeros discípulos de san Marciano, como hemos dicho en el capítulo precedente. Habitaron juntos en una celda diferente de la de su maestro : pero como hubiese otros que deseaban también participar de la dicha de vivir bajo la dirección del Santo, hizo éste construir otra habitacion para ellos, y encargó á Eusebio que los gobernase en cualidad de superior, según las reglas que le habia dado. Despues de su muerte heredó Eusebio su celda ; pero no permaneció en ella mucho tiempo, pues escogió para morada una antigua cisterna desecada, en donde pasó tres años, cargado con doscientas cincuenta libras de hierro, es decir, con ciento veinte que llevaba ántes de la vida de san Marciano, con ochenta que llevaba éste, y con otras cincuenta que le dejó su condiscípulo Agapeto, ya fuese por su promoción al episcopado, como despues veremos, ó ya por su muerte. No es de creer que viviese Eusebio hasta el tiempo en que fueron trasladadas las reliquias de san Marciano, ó sea, cincuenta años despues de la muerte de éste, pues que entónces sólo quedaba un testigo de los que habian visto en donde fueron ocultadas según sus órdenes ; así es que debió morir antes del año 438. Pero poco más tarde se formó una comunidad en el eremitorio de san Marciano, y los religiosos que la

⁴ S. Jerónimo, Teodoreto y Tillemont.

constituían fueron los que construyeron la tumba, en que colocaron los restos del Santo con la decencia que convenía á su memoria.

Agapeto, despues de haberse formado bajó la dirección de san Marciano en las virtudes religiosas, se retiró á la diócesis de Apamea, en Siria, lugar de su nacimiento, en donde fundó dos grandes monasterios en la aldea de Nicertas. Uno de estos monasterios llevó su nombre, y el otro el de san Simeón, otro discípulo de san Marciano, que durante cincuenta años brilló por sus virtudes en la celestial disciplina que aprendió de su maestro. En el tiempo en que Teodoreto escribía la historia de este Santo, habia más de cuatrocientos religiosos en estos dos monasterios, que vivían con un fervor y una piedad ejemplares, y que se esforzaban por alcanzar el cielo con los trabajos de la penitencia. Se hace mención del monasterio del bienaventurado Agapeto y del de Simeón en las firmas de una exposición dirigida á Antiocho hacia el año 520, é inserta en las actas del concilio de Constantinopla bajo el patriarca Mennas. El de Agapeto tenia entónces por superior á un sacerdote, llamado Simeón. De estos dos monasterios se formaron otros muchos, en donde se santificaban las almas bajo la regla dada por san Marciano. De aquí es, dice Teodoreto, que puede asegurarse, que fué san Marciano el que los formó todos, pues habiendo él dado la semilla, debe con razón ser considerado como la causa de todos los bienes por ella producidos.

Agapeto no murió en su estado de monje : la estimación en que eran tenidas sus virtudes fué causa de que se le eligiera obispo de Apamea, su patria. En tiempo de Arcadio se distinguió tanto entre los prelados, como ántes se habia distinguido entre los solitarios.

Basilio, á quién Teodoreto llama hombre eminente, tuvo la felicidad de ser discípulo de este Santo, y fundó despues

un monasterio, en donde se hizo célebre por sus virtudes, y sobre todo por su amor á Dios y por su hospitalidad. En él formó también á un gran número de discípulos que se distinguieron por su piedad. Algunos autores creen que este Basilio es el obispo de Selencia ; pero Teodoreto no lo dice, y Tillemont opina que son dos personajes diferentes.

Basilio tuvo entre otros discípulos á un religioso llamado Sabino, á quién representa Teodoreto como hombre de la más austera mortificación, pues para vencer mejor su apetito, no comia más que harina humedecida con agua, cuyo alimento le servia para todo un mes : de modo que cuando iba á tomarlo, ya estaba enmohecido. Esto sólomente lo hacia cuando estaba solo ; pero cuando alguno venia á verle, comia indiferentemente de lo que se le presentaba. Con sus oraciones libró á la hija de una señora de consideración de Antioquía, que se hallaba poseida del demonio. Sabino ocupaba el tercer lugar en el monasterio de Basilio, y Teodoreto habla de él como de un religioso muy célebre : y preciso es que así fuese, puesto que este historiador lo distingue entre otros muchos religiosos muy perfectos é ilustres. Murió antes del año 440.

Pasemos ahora de los discípulos de san Marciano á la historia de san Malch, que nos ha conservado san Jerónimo, y que, siendo jóven, aprendió de boca del mismo santo, que, ya anciano, vivia en una pequeña aldea de Maronia, situada á la parte de Oriente, á treinta millas de Antioquía, á donde se habia retirado en sus últimos dias.

« Habiendo llegado á mi conocimiento, dice san Jerónimo, por los habitantes de Maronia las maravillas de este siervo de Dios, y deseando conocerlas mejor, me dirigí á él mismo, y hé aquí lo que me refirió : Hijo mio, me dijo, mis padres vivían de un pequeño campo que cultivaban en el territorio de Nisiba. No tenían otro hijo que yo, y considerándome como el único vástago de la

» familia, quisieron casarme, para que ésta se perpetuase.
 » Les respondí que prefería ser solitario, y para hacerme
 » desistir de esta resolución, empleó mi padre las amena-
 » zas, y mi madre las caricias. Para librarme de esta persecu-
 » ción doméstica, tomé el partido de retirarme de la casa ».

« El Oriente me estaba vedado, tanto por la proximidad
 » de los Persas, como porque el paso estaba cerrado por
 » las tropas romanas. Me volví hacia la parte de Occidente,
 » llevando algunas provisiones, que sólo podían satisfacer
 » una necesidad extrema, y llegué, por último, al desierto
 » de Chalcis, en donde encontré una comunidad de solita-
 » rios. Me puse bajo su dirección: como ellos, ganaba el
 » sustento con el trabajo manual, y con su ejemplo aprendí
 » á domar las pasiones por medio del ayuno.

« Muchos años pasé en esta santa compañía, y supe que
 » había muerto mi padre. Pensé entonces volver al lado de
 » mi madre para consolarla en su viudez, y permanecer á
 » su lado hasta que Dios dispusiese de ella, con objeto de
 » vender, despues de su muerte, mi pequeña heredad, de
 » la cual proyectaba dar una parte á los pobres, edificar
 » con otra un monasterio, y reservar el resto para mi sus-
 » tento. Al referir esto, no puedo ménos de llenarme de
 » verguenza, recordando mi infidelidad.

« Manifesté al abad mi resolución, quién me dijo que era
 » una ilusión del demonio, que quería engañarme con
 » apariencias de bién. Me manifestó que este enemigo ha-
 » bia seducido á otros muchos con el mismo artificio, y
 » para convencerme más, me citó algunos pasajes de la sa-
 » grada Escritura. Viendo que, á pesar de estas razones,
 » insistía yo en mi funesto propósito, se postró ante mí,
 » suplicándome que no le abandonase: que no corriese á
 » mi perdición, y que no volviese atrás despues de haber
 » puesto la mano en el arado¹ ».

¹ Luc. ix, 62.

« Pero, para desgracia mía, mi obstinación superó á
 » su ternura, pues me parecía que obraba más bién por
 » su propio consuelo, que por mi beneficio. No me dejó,
 » sin embargo, abandonado á mi mala voluntad: así es que,
 » viendo que me disponía á marchar, me acompañó hasta
 » la puerta del monasterio con el mismo dolor, que si me
 » hubiese acompañado á la sepultura, y dándome un triste
 » adios, me dijo: Te miro, hijo mio, como si estuvieses
 » marcado con el carácter de Satanás: no me alegues pre-
 » texto alguno: no admito excusas: la oveja que se separa
 » del rebaño está expuesta á ser devorada por los lobos.

» A pesar de esto, no desistí, sino que tomé la dirección
 » de Berea, y en el camino de Edesa me uní á unas sesenta
 » personas, que iban unidas para defenderse, en caso nece-
 » sario, contra los sarracenos, que hacían sus correrías por
 » los desiertos inmediatos. Lo que temíamos acació bién
 » pronto: una partida de ismaelitas cayó sobre nosotros, y
 » yo, juntamente con la mujer de uno de los que formaban
 » la caravana, caímos en poder de un mismo amo.

» Nos puso atados sobre un camello, y en esta disposi-
 » ción atravesamos aquella vasta soledad y un gran rio, sin
 » otro alimento que un poco de carne casi cruda y leche de
 » camellos, hasta que llegamos al paraje más lejano de este
 » desierto.

» Es costumbre de estos bárbaros el obligar á los nue-
 » vos esclavos á que se postren ante sus mujeres é hijos al
 » llegar, y así lo hicimos nosotros. Me quitaron mi hábito
 » y me encargaron la guarda de un rebaño. Esta ocupación
 » me consolaba en medio de mi desgracia, porque muy ra-
 » ras veces veía á mis amos y á los demás esclavos. Me re-
 » presentaba en mi imaginación á Jacob y á Moisés apacen-
 » tando sus rebaños en el desierto, y el asemejarme en este
 » punto á aquellos patriarcas servía para dulcificar mi ser-
 » vidumbre. Me alimentaba con leche y queso: oraba fre-

» cuentemente : cantaba los salmos que habia aprendido en
 » el monasterio, y daba gracias al Señor que, en mi estado,
 » me habia proporcionado otra soledad, aunque distinta de
 » la que habia abandonado.

» Pero el enemigo de las almas, que constantemente se
 » ocupa en tenderles lazos para su perdición, vino á tur-
 » bar, cuando yo ménos lo pensaba, la tranquilidad de
 » que disfrutaba. Viendo el señor que el rebaño se multi-
 » plicaba bajo mi custodia, y que en nada faltaba á la fide-
 » lidad que le debía, porque habia aprendido de san Pablo¹
 » á mirar en los superiores á Dios, quiso, para sujetarme
 » más á su servicio, casarme con la mujer, que al mismo
 » tiempo que yo, habia sido hecha cautiva. Lo rehusé di-
 » ciéndole que yo era cristiano, y que mi ley me prohibia
 » tomar la mujer del que todavía vivia. Esta respuesta le
 » hizo pasar de la dulzura á un furor extremado; se vino
 » hacia mí con la espada en la mano, y me hubiera dado
 » muerte, si no me hubiese apresurado á dar la mano á
 » esta mujer. »

» Entónces fué cuando sentí todo el peso de mi cautivi-
 » dad. Vino la noche, y conduje á mi pretendida esposa á
 » una caverna casi arruinada, y allí, entregándome á toda la
 » violencia de mi dolor, recordé los votos que habia hecho
 » en el monasterio despues de dejar á mis padres y mis bie-
 » nes : me reprendí mis pecados y mi infidelidad, y prefi-
 » riendo morir á ejecutar la voluntad de mi amo, dije á esta
 » mujer, que ántes queria ser mártir que esposo. »

» Entónces ella arrojandose á mis pies, me manifestó que
 » también era cristiana, y que tenia los mismos designios.
 » Preferis, me dijo, morir á ser mi esposo : pues yo tam-
 » bién daría mi vida antes que ser esposa vuestra. Unamos
 » nuestras almas : hagamos creer á nuestros amos que so-

¹ Coloss. iii, Ephes. vi.

» mos esposos, y que Jesucristo vea que somos hermanos.
 » Fácilmente podremos persuadirle de que estamos des-
 » posados, cuando vea muestras de un afecto, que no será
 » en realidad más que manifestaciones de la caridad cris-
 » tiana. »

« Semejante resolución no pudo menos de con moverme :
 » admiré su virtud, y la amé más que si hubiera sido su es-
 » poso. Nada sospecharon nuestros amos, y ereyéndonos
 » unidos, como lo deseaban, nos miraron con alguna con-
 » sideración. Me dediqué con mayor afán á la guarda
 » de mis ganados, para no perder en la paz lo que habia
 » ganado en el combate. »

» Hacía tiempo que llevaba este género de vida, y en-
 » contrándome un dia solo en el desierto, sin ver otra cosa
 » que el cielo y la tierra, me entregué á mis pensamientos,
 » recordando á aquellos solitarios, á quienes tan cobarde-
 » mente habia abandonado. Recordaba principalmente al
 » excelente superior que me habia servido de padre en la
 » religión, que con tanto esmero habia cuidado de mí, y á
 » quién tanta pena habia costado mi deserción. Miéntas
 » que estas cosas reflexionaba, ví un enjambre de hormi-
 » gas que hacian sus provisiones para el invierno, y ad-
 » miré su industria, recordando que Salomón propone su
 » ejemplo á los perezosos, para que salgan de su letargo¹.
 » Comencé á hastiarme de mi cautividad, y deseé con más
 » anhelo tomar parte en el trabajo de aquellas hormigas es-
 » pirituales, que trabajan en el monasterio por el bién co-
 » mún, sin cuidarse del propio.

» Estas reflexiones me causaron tristeza, y mi aparente
 » esposa, que al venir por la tarde al lugar en que me ha-
 » llaba, hubo de conocerlo, me preguntó la causa. Se la ma-
 » nifesté, y me propuso que huyéramos. Convine en ha-

¹ Prov. vi.

» cerlo, pero recomendándole el más absoluto sigilo. Du-
 » rante algún tiempo fluctuamos entre el temor y la espe-
 » ranza, y por último, nos resolvimos á poner en práctica
 » nuestro propósito. »

» Tenia yo en mi rebaño dos machos muy grandes : los
 » maté y despojé de la piel, y llegada la noche nos pusimos
 » en marcha, llevando las dos pieles y alguna carne para
 » nuestro sustento. Atravesamos el rio merced á las pieles
 » que sóplamos, dejándonos llevar por la corriente de las
 » aguas, á fin de desembarcar muy abajo en la otra orilla,
 » y que no pudiesen seguir nuestras huellas. Procurábamos
 » caminar, ó mejor dicho, correr de noche por miedo de
 » encontrar á otros bárbaros, y siempre mirando á todas
 » partes, temerosos de que se nos persiguiese. »

» Al tercer dia descubrimos á lo léjos á dos hombres
 » montados en dromedarios, que parecían acercarse pre-
 » surosos á nosotros. Creimos que era nuestro amo, y no
 » nos equivocamos. El temor se apoderó de nuestros cora-
 » zones, viéndonos amenazados de una muerte segura ; pues
 » la huella de nuestros pasos marcada en la arena, nos ha-
 » cía traición. Una caverna profunda que vimos á nuestra
 » derecha, nos sirvió de refugio ; pero el temor de encon-
 » trar en ella alguna bestia feroz que nos devorase, nos
 » obligó á ocultarnos en una excavación que habia á la en-
 » trada, y allí, temblando, esperamos nuestra suerte.

« ¡ Dios mio ! ¿ cuanta no fué nuestra consternación,
 » cuando sentimos que nuestro amo, guiado por las pisa-
 » das, se acercaba, y mandaba á su esclavo que nos hiciese
 » salir, miéntras que él cuidaba de los dromedarios ? Pasó
 » este esclavo poco más allá del sitio en que estábamos
 » ocultos, sin vernos, porque al pasar de la claridad de la
 » luz á la oscuridad de la caverna, quedó enteramente des-
 » lumbrado : miéntras que nosotros le veíamos con toda
 » claridad. »

« La ronca voz del esclavo hizo estremecer la cueva con
 » estas palabras : Salid, miserables : salid, hijos de la
 » muerte ; vuestro amo os espera para daros el castigo que
 » mereceis. Al ruido de sus voces salió una leona que es-
 » taba oculta en el fondo de la caverna, y apoderándose
 » de él, lo estranguló. Viendo el amo que no parecia, creyó
 » que estaria luchando con nosotros, y entró con la espada
 » desenvainada, y dando furiosos gritos ; pero no tardó
 » en sufrir la misma suerte que el esclavo. »

« Hasta ahora nos véiamos libres de dos formidables
 » enemigos ; pero no estabamos más seguros, porque la
 » ferocidad de la leona podia ensañarse también en noso-
 » tros. No nos atreviamos á movernos, y en tan grande pe-
 » ligro sólomente fundábamos nuestra esperanza en la cas-
 » tidad que habíamos guardado, y que considerábamos
 » como nuestra defensa en la presencia de Dios. En efecto,
 » su misericordia nos salvó : la leona viéndose descubierta,
 » y temiendo que se le tendiese algun lazo, se llevó sus
 » cachorros á su guarida, y nos dejó en libertad de salir.
 » Esperamos, no obstante, el resto del dia, temerosos de
 » encontrar á la leona en nuestra huida, y á la tarde vimos
 » á los dromedarios que estaban rumiendo á corta distan-
 » cia. Despues de reponer nuestras abatidas fuerzas con
 » las provisiones que estos llevaban, montamos en ellos, y
 » al cabo de diez dias llegamos á tierra de romanos, en
 » donde fuimos presentados al maestro de campo, á quién
 » relatamos todo lo que nos habia ocurrido. »

« Desde allí se nos envió á Mesopotamia de donde era
 » gobernador Sabiniano. Coloqué á mí compañera de cau-
 » tiverio con unas jóvenes muy piadosas, y sabiendo que
 » habia muerto mi abad, volví á unirme con los solitarios
 » que habia dejado. »

Tal es la relación que hizo san Malch á san Jerónimo,
 » quién con este motivo nos dá esta hermosa instrucción.

» Siendo Malch muy anciano, me refirió todo esto, cuando
 » yo era aún muy jóven, y lo refiero cuando soy ya viejo.
 » Presento á las almas puras un célebre ejemplo de casti-
 » dad, exhortándolas á que no lo olviden. Referid esta his-
 » toria á los que vengan despues de vosotros, para que se-
 » pan que ni en medio de las espadas, de los desiertos y de
 » las bestias feroces, se halla cautiva la castidad, y que un
 » verdadero siervo de Jesucristo puede ser matado, pero no
 » vencido. »

Este santo Doctor que hace hablar á san Malch en la historia que acabamos de relatar, no nos refiere más que las circunstancias de su cautiverio; pero nada nos dice de lo que hizo despues de su libertad. Créese que vivió con esta mujer en Maronia, quitando su avanzada edad todo motivo de sospecha. Este Santo los vió hacia el año 375. Y en efecto, vivían ambos con tanta piedad, y asistían con tanta asiduidad á la Iglesia, dice el mismo san Jerónimo, que se les hubiera tomado por Zacarías é Isabel, y todos los habitantes de aquellos lugares les miraban como personas santas y muy agradables á Dios. San Malch se celebra, según el Martirologio Romano, el 21 de octubre.

PARTE VII

SOLITARIOS DE LA SEGUNDA SIRIA Y DE LA MESOPOTAMIA

EL ABAD MARCELO Y SANTA FEBRONIA RELIGIOSA Y MARTIR¹

El más antiguo monasterio de la segunda Siria de que tenemos conocimiento, es el que en el año 300 gobernaba un abad llamado Marcelo en Sibaple ó Nísibe², ciudad situada en la frontera que separaba el imperio romano del de los persas. De él se habla en las actas de santa Febronia; pero nada sabemos de la disciplina que en él se observaba. Había también desde entónces en la misma ciudad una comunidad de cerca de cincuenta religiosas, que había formado, y á la que había dado reglas la diaconisa Platonía. La vida que en él se observaba era muy austera: pues las religiosas no comían más que una vez al día, y el viérnes no salían del oratorio, en donde despues de la salmodia leía Platonía en alta voz la sagrada Escritura hasta la hora de Tercia: despues entregaba el libro á otra religiosa llamada Brienna, que ocupaba el segundo puesto en la comunidad, y que la reemplazaba en el doble cargo de dia-

¹ Los Bolandistas.

² Hoy Nazib. Esta antigua ciudad no es al presente más que una aldea de un centenar de habitantes.